

DIGNIDAD DEL HOMBRE.

El hombre es creado á imagen de Dios.

Dios sacó el universo de la nada: un sólo signo de su voluntad, y aquella única palabra *fiat* bastó. A este universo le faltaba un jefe, un rey. Todo existía ya, ménos aquel rey que debía reinar sobre todo lo creado, puesto que todo estaba creado para él. Entónces la augusta Trinidad entró como en consejo, y pronunció luego solemnemente la decision siguiente: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*: Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra. (*Gen. I. 26*). Sólo el hombre ha sido creado á imagen de Dios; el hombre es el fin, el objeto del mundo creado.....

Clemente de Alejandria llama al hombre planta celestial: *Planta caelestis*. (Lib. Strom.); porque tiene su raiz en el Cielo. Las plantas tienen su raiz en la tierra; pero el hombre tiene su raiz en regiones superiores: el árbol se nutre de la tierra; pero el hombre no puede vivir más que del Cielo.....

¿Qué mayor honra podia apetecer el hombre, dice S. Ambrosio, que haber sido creado á imagen de su Creador? *Quis major honor homini potuit esse, quam ut ad similitudinem sui Factoris conderetur?* (Lib. de Dignit. humanæ condit., c. III).

Si examinamos fielmente y con prudencia el origen de nuestra creacion, dice S. Leon Papa, veremos que el hombre ha sido hecho á imagen de Dios, á fin de que imite á su divino Autor; pues la dignidad de nuestra raza consiste en que la semejanza de la Divinidad brille en nosotros como en un espejo (1).

Hombre animal, que te rebajas hasta hacerte semejante á las bestias, y muchas veces hasta hacerte inferior á ellas, y envidias su estado, es menester que hoy comprendas tu dignidad por las admirables singularidades de tu creacion, y por los otros honores que se te han tributado. Mas sido creado, no como las demás criaturas, por una palabra de mandato: *Fiat*, hágase; sino por una palabra de consejo: *Faciamus*: Hagamos. Dios toma consejo consigo mismo, como al ir á hacer una obra maestra..... Antes del hombre, todo lo que Dios habia creado en el universo, era incapaz de conocer, amar, servir á su Creador y poseerle. Dios dió al hombre todas estas prerogativas divinas por cuya razon para formarle no se propuso otro modelo que á sí mismo. Por medio de estas palabras: Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza; Dios expresa todas las hermosuras del hombre, y á la par todas las riquezas que le dió con su gracia, entendimiento, voluntad, rectitud, inocencia, conocimiento

(1) Si fideliter atque sapienter creationis nostre intelligamus exordium, inveniemus hominem ideo ad imaginem Dei conditum, ut imitator sui esset Auctoris; et hanc esse naturalem nostri generis dignitatem, si in nobis, in quodam speculo, divine benignitatis forma resplendat. *Serm. I. de Septuag. X. mensis.*

claro de Dios, amor infuso de este primer Ser, y seguridad de gozar con él de la misma felicidad.....

«Hagamos al hombre;» á estas palabras aparece la imagen de la Augusta Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Semejante al Padre, tiene el ser; semejante al Hijo, tiene la inteligencia; semejante al Espíritu Santo, tiene el amor. Dios tiene la inteligencia, la voluntad, el amor; el hombre, hecho á imagen de Dios, posee tambien la inteligencia, la voluntad y el amor. Hé aqui la imagen de la Santísima Trinidad; es el cumplimiento de aquellas palabras: Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*.....

El hombre se parece á Dios por tres conceptos: 1.º por naturaleza, porque somos de una naturaleza razonable é inteligente, así como Dios es tambien razonable é inteligente...; 2.º por la gracia, que, dice S. Bernardo, consiste en las virtudes...; 3.º la semejanza perfecta é infinita con Dios tendrá lugar en el Cielo, con la presencia y la gloria beatifica.... Tributemos el honor que es debido, dice S. Gregorio Nazianceno, á la imagen de Dios que está en nosotros; reconozcamos nuestra dignidad: *Imaginis decus imagini reddamus; dignitatem nostram agnoscamus*. (Serm. de Nativ.).

La imagen natural de Dios está en el alma, que es espíritu, que no es material, que es ágil, inmensa, inteligente, libre, inmortal. Esta imagen de Dios es natural en el hombre; no ha podido perderse por el pecado de Adán; pero ha perdido su hermosura y perfeccion. Es otra imagen de Dios en el hombre, una imagen sobrenatural, que consiste en la gracia y justificacion del hombre, por la cual el hombre se hace partícipe de la naturaleza divina; y esta imagen será cabal en la gloria y vida eterna. Porque la gracia, dice S. Agustín, es el alma del alma: *Gratia est anima anime*. (Tract. de Cogn. veræ vitæ.). Adán fué creado en esta gracia, que es verdadera imagen de Dios. Esta semejanza del alma con Dios por la gracia, depende de la voluntad del hombre: pecando, la pierde; pero por la gracia y la justificacion vuelve á hallarla y se rehabilita.....

Sólo el hombre ha sido hecho á semejanza de Dios. El sol, que tan resplandeciente es y bello, no está hecho á imagen de Dios. La luna y las estrellas, que adornan el firmamento, no están hechas á imagen de Dios. La tierra y sus variadas producciones no están tampoco hechas á imagen de Dios. El vasto Océano, á pesar de su inmensidad, no está hecho á imagen de Dios. Sólo el hombre y el ángel tienen esta prerogativa infinitamente preciosa.

O hombre, exclama S. Pedro Crisólogo, ¿por qué, siendo tan honrado por Dios, te deshonras? ¿por qué eres tan vil á tus ojos, tú tan grande y precioso á los ojos de Dios? ¿No ves que, al deshonrarte, deshonras á Dios, cuya imagen eres? (*Serm.*).

Esta naturaleza razonable del hombre, que constituye la imagen de Dios, encierra seis cualidades principales, seis propiedades excelentes.

Precio inestimable del hombre.

tes. La primera cualidad es que el alma es espiritual é indivisible, como Dios tambien es espíritu indivisible..... La segunda es que el alma es inmortal..... La tercera es que está dotada de inteligencia, de voluntad y de memoria..... La cuarta es el libre albedrío de que goza..... La quinta es que es apta para la sabiduría, la virtud, la gracia, la beatitud, la vision de Dios y todo bien..... La sexta es que preside y domina con su poder todo en el hombre y en la creación..... Añádese una séptima propiedad: así como todas las cosas están eminentemente contenidas y encerradas en Dios, así se hallan tambien todas las cosas en el hombre. Con su inteligencia, todo se lo apropia, porque se representa en su espíritu una imagen ó semejanza de todo..... Las cosas más preciosas, dice S. Crisóstomo, no pueden compararse al alma, ni tampoco el mundo entero. *Nullius rei pretium est cum anima conferendum, ne totus quidem mundus.* (Homil. III. in Epist. ad Cor.).

Jamás hubiésemos podido conocer nuestra grandeza, ni habríamos tampoco comprendido jamás nuestro alto destino, sin el auxilio de la revelación de la Sagrada Escritura. El Señor Dios, dice el Génesis, derramó sobre el rostro del hombre un soplo de vida, y quedó hecho el hombre viviente con alma racional: *Dominus Deus inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ, et factus est homo in animam viventem.* (II. 7). Y no es que Dios tenga boca, como los hombres, para dar un soplo; sino que la Escritura habla así para darnos á entender que Dios estima el alma y la quiere como á una emanación de su propia vida. Bien es verdad que ha sacado el alma de la nada, como á todas las demás criaturas; pero al decirnos el Espíritu Santo que es un soplo divino, quiere decirnos que Dios la ha producido con un afecto tan particular y tan tierno, que es como si la hubiese sacado de las regiones de su corazón.

Además, la Sagrada Escritura no nos dice que Dios ha hecho nuestra alma con sus manos, como nuestro cuerpo, ni que la haya creado hablando, como ha creado á todos los demás seres; sino respirando, aspirando, para darnos á entender que es como si hubiese dado nacimiento á una queridísima concepción que llevara en sus entrañas durante toda la eternidad. Es como si la Sagrada Escritura dijera que el alma procede del interior de Dios, así como la respiración ó el soplo no es más que una salida ó entrada continua de aire que va á visitar el corazón, no le deja más que un sólo momento, y luego vuelve á él al punto para refrescarle y conservarle la vida; de la misma manera nuestra alma no ha salido de Dios sino para volver á entrar en él; no la ha expirado sino para volverla á aspirar de nuevo. Pues si ella ha, en cierto modo, aliviado su corazón al salir de él, parece que lo aligera y lo consuela en cierto modo cuando allí mismo vuelve por alguna amorosa aspiración. ¡Oh si supiésemos lo qué es nuestra alma para el corazón de Dios! No puede vivir sin ella; el mismo Dios no está contento sin ella.

Ved el lazo admirable que Dios ha querido poner entre su Espíritu y el nuestro.

El Espíritu Santo es una sagrada emanación del corazón de Dios, emanación que le colma de una manera infinita en sí mismo; y nuestra alma es un soplo de Dios, soplo que le da complacencia hasta fuera de sí mismo. El Espíritu Santo es la última de las inefables producciones de Dios en sí mismo; y nuestra alma es la última de todas las admirables producciones de Dios fuera de sí mismo.....

El alma está tan admirablemente elevada encima del cuerpo, que puede decirse que se acerca más á Dios que la ha creado, que al cuerpo á que está unida. Y á decir verdad, ella sola, entre todas las criaturas de la tierra, tiene algunos rasgos visibles de las perfecciones de Dios; es más elevada que el Cielo, más profunda que el abismo, más vasta que el universo, y es duradera como la eternidad. Dios es espíritu, y el alma es espíritu; Dios es simple é indivisible, y el alma es simple é indivisible; Dios es inmóvil, todo lo pone en movimiento y lo vivifica, y el alma es lo mismo respecto del cuerpo que anima; Dios es inteligente, y el alma es inteligente; Dios quiere, y el alma quiere; Dios se ama, y el alma, amando á Dios, se ama verdaderamente á sí misma; Dios ha hecho todas las cosas, y el alma obra, y los límites de su acción no pueden señalarse; Dios es libre y domina todas las cosas creadas, y el alma tiene el libre albedrío, y según su voluntad mueve los miembros del cuerpo; Dios todo lo tiene presente en su memoria, y el alma posee tambien esta facultad; Dios es omnipotente, y el hombre, si quiere, dispone del poder divino, hace cosas admirables, y comprende otra multitud en la extensión de su espíritu; Dios es el fin de todas las cosas, y el hombre es el fin de todas las criaturas; Dios está todo en el mundo, y todo en cada parte del mundo; y el alma tambien rigiere el cuerpo, y está entera en el cuerpo, y entera en cada una de sus partes. Y, lo que es más perfecto, como Dios Padre, conociéndose con su inteligencia, produce al Verbo, su Hijo, y amándole produce al Espíritu Santo; así tambien el hombre, conociéndose, produce en su alma una palabra inteligente, expresión de sí mismo, y de allí procede el amor en su voluntad, dice S. Agustín. (*Serm. XXIV. de Temp.*).

El alma participa de la nobleza, del dominio, de la sabiduría, de la grandeza de Dios y de su divino Espíritu.....

No os admireis pues de que diga S. Agustín que salvar á una alma es cosa más grande que crear el Cielo y la tierra. (*Serm. XXIV. de Temp.*). De todas las perfecciones la más divina es la de ser cooperador de Dios, volviendo á llevar las almas á su Criador.

Si separais, dice el Señor por medio de Jeremías, lo que tiene mucho precio de lo que es despreciable, seréis en cierto modo la boca mía: *Si separaveris pretiosum á vili, quasi os meum eris* (XV. 49).

El alma es una piedra preciosa que vale más que el mundo entero; porque, hecha á imagen de Dios, participa del mismo Dios; es como parte de su aspiración divina. Por este motivo S. Agustín y

Sto. Tomás enseñan que la conversión y la justificación del pecador es más difícil, más grande y admirable que la creación del mundo. S. Crisóstomo enseña que convertir á una alma es un don más grande y más agradable á Dios, que erigirle un templo. Por más considerables que sean las cantidades de dinero que se consagran en construir un templo magnífico, nada son, comparadas con la salvación de una alma y con su valor. Salvar á una alma es una limosna mayor que dar diez mil talentos, que dar el universo si fuera posible; porque una alma es más preciosa que cuanto existe: es de un valor infinito, puesto que ha costado la sangre de un Dios y todo ha sido hecho para el hombre, el Cielo, la tierra, los mares, el sol, las estrellas, los animales, las plantas, los vegetales y los minerales....

Aun cuando toda la tierra, dice Filon, se volviese oro puro, ó aun cuando se volviese otra cosa más rica todavía, y todos los arquitectos, todos los joyeros la empleasen toda para levantar pórticos, vestibulos y palacios á Dios, ni siquiera sería digno todo esto junto de servir de escalab á sus piés; y una alma en estado de gracia, es digna de recibirle y de abrigarle! (*Lib. de Cherub.*)

Imperio del
hombre.

Señor, dice el Rey Profeta, habeis colocado al hombre casi al igual de los ángeles; y le habeis coronado de gloria y de honor, y le habeis dado el imperio sobre las obras de vuestras manos: *Minuisti eum paulo minus ab angelis; gloria et honore coronasti eum, et constituisti eum super opera manuum tuarum.* (VIII. 6).

Todo lo pusisteis á sus piés, los rebaños, los animales del campo, las aves del Cielo, los peces del mar que hienan sus ondas: *Omnia subiecasti sub pedibus ejus, oves et boves unicersas, insuper et pecora campi, volucres caeli et pisces maris qui perambulant semitas maris.* (VIII. 8).

Todo os pertenece, dijo el gran Agóstol á los Corintios; vosotros empero sois de Jesucristo, y Jesucristo es de Dios su Padre: *Omnia vestra sunt; vos autem Christi, Christus autem Dei.* (I. 22-23).

El alma en el hombre es directora, dueña, reina no sólo de todos los miembros, sino de todos los sentidos, de las pasiones, de los pensamientos y de los deseos. Asi pues es preciso que refrene sus concupiscencias y sus desarreglados apetitos, y que no se deje jamás gobernar y dominar por ellos. Refrenad vuestro cuerpo con la razón, como dice S. Basilio, asi como el escudero sujeta su caballo con el freno. (*Homil. X.*)

Hagamos al hombre, dijo el Señor, á imágen y semejanza nuestra, y domine á los peces del mar, y á las aves del Cielo, y á las bestias, y á toda la tierra, y á todo reptil que se mueva sobre la tierra. (*Gen. I. 26.*)

Dios hizo pues al hombre rey de todas las cosas; el palacio del universo ha sido construido y adornado para el hombre-rey....

El mundo es el templo de Dios; el hombre es su sacerdote para

orar y dar gracias á Dios en nombre de todas las criaturas; pues solo él posee la razón y la palabra. Todas las criaturas ponen sus riquezas á los piés del hombre-rey; ellas mismas se ofrecen á su servicio; pero le dicen: Estamos á tus órdenes; lleva al trono de Dios tus adoraciones por nosotros y por tí. Todo es tuyo; úsalo todo por Dios, y da tambien gracias de todo á Dios, que nos ha creado para tí. Nuestro fin es servirte: el tuyo, ó hombre que eres nuestro rey, es servir á Dios....

El hombre, dice S. Ambrosio, ha sido creado el último por muy justas razones: habiendo todo sido hecho para él, todo debía precederle para tributarle homenaje y ofrecerse á sus necesidades. Ha sido hecho el último como reuniendo en sí mismo todo el universo, como siendo la causa del mundo por la cual todo ha sido hecho, como teniendo por propiedad todos los elementos y morando en ellos. Vive entre las bestias salvajes, nada con los peces, vuela sobre los pájaros, y traba conversacion con los Angeles; habita la tierra y sube al Cielo; atraviesa los mares, y, cultivador de la tierra, viajero sobre las olas, pescador en las aguas, y atravesando los aires, es el heredero y el dueño de la tierra y del Cielo. (*Lib. VI., epist. XXXVIII.*)

No cabe duda que el hombre ha sido hecho para reinar. ¿Por qué pues, exclama S. Basilio, ó hombre-rey, te haces esclavo de tus miserables inclinaciones? ¿por qué te haces esclavo del pecado? ¿por qué te constituyes cautivo del demonio? Dios te manda que ocupes el primer lugar entre las criaturas, y las rijas; y tú estrellas tu reino, rompes tu dominio y tu cetro, y ocupas el último lugar? Has sido hecho para dominarlo todo; y todo te domina. ¿Todo debe obedecerte; y tú obedeces á todo! ¿Qué desquiciamiento más espantoso! (*Homil. X.*)

Todos los cristianos probos y santos son unos reyes, dice S. Gregorio; porque dominando todas las concupiscencias, ponen un freno á la lujuria, al orgullo, á la gula y á la ira. Son reyes que, lejos de sucumbir á las tempestades de las tentaciones, mandan y obligan á los vientos, á las tempestades y á los mares furiosos y desencadenados que se aquieten. (*Serm. de Nativ.*)

Alégrate, hombre-rey, descendiente de Dios, dice Orígenes, al ver las insignias de tu dignidad real. Te llaman rey, porque está escrito: Eres de una raza real. Y porque eres rey, con justo título Jesucristo, tu Señor y tu Rey, se llama Rey de los reyes y Señor de los señores. Te hace rey de todas las cosas, reinando en tí. Asi pues, si el alma reina en tí, y la carne obedece; si sujetas la concupiscencia al yugo de tu imperio; si tienes enfrenados y cautivos tus vicios, sabrás que eres rey y que mereces serlo. Cuando seas así, serás tenido como rey por Jesucristo, Rey de los reyes, y serás llamado á oír sus divinos consejos. Si reinas sobre tí mismo, reinará hasta sobre Dios, pues podrás obtener de él cuanto quisieres. (*In Evang.*)

¿Qué cosa, más real, dice S. Leon, que someter el espíritu á Dios

y la carne al espíritu? ¿Qué cosa más sacerdotal que rendir homenaje á Dios con la conciencia pura, y ofrecerle en el altar del corazón puros holocaustos de piedad? Entonces somos reyes y sacerdotes, como dice el Apocalipsis: *Fecit nos regnum et sacerdotes.* (I. 6, Sorm. de Nativ.).

El verdadero y más bello reino del hombre, es que Jesucristo, Rey, reine en él y le gobierne: entonces recibe de Jesucristo su dignidad real y su reino, y se convierte en verdadero rey; porque entonces reina y gobierna por justo derecho. Reina, 1.º, sobre sí mismo, sobre todas sus facultades y movimientos.... 2.º reina sobre cuanto le rodea, y todo lo somete á su imperio; 3.º reina sobre el prójimo, á quien debe su afecto y su amor. Cuando el hombre se une á Dios, él mismo se domina á sí mismo piadosa y santamente, y modera sus acciones: aprende fácilmente á gobernar y mandar á los demás. Entonces es un reino de paz, y de dicha, la prenda del reino eterno; entonces todo pertenece al hombre: el hombre emperador de Jesucristo, y Jesucristo es de Dios: *Omnia vestra sunt; vos autem Christi, Christus autem Dei.* (I. Cor. III. 22-23).

La extensión del reino del hombre acá en la tierra, es la fe; su anchura, la esperanza; su altura, la caridad; su profundidad, la humildad; su duración será el Cielo por toda la eternidad.....

El hombre, servidor de Dios.

La primera dignidad real del hombre consiste en ser fiel servidor de Dios.

Derramaré mi espíritu sobre mis siervos y siervas, dijo el Señor por medio de Joel: *Super seruos meos et ancillas effundam spiritum meum.* (II. 29). Y allí donde reina el espíritu de Dios, allí está la verdadera dignidad real.

El título de servidor de Dios es muy ilustre, nobilísimo y muy honroso. El Jefe Supremo de la Iglesia se envanece con él, y aún toma otro mucho más inferior que aumenta su brillo; se llama servidor de los servidores de Dios: *Seruos servorum Dei.* Servir á Dios es reinar. Por esto dice el Rey Profeta: Oh Señor, siervo vuestro soy, siervo vuestro é hijo de esclava vuestra.—Vos rompisteis mis cadenas: *O Domine, quia ego seruos tuus, ego seruos tuus et filius ancilla tue. Dirupisti vincula mea.* (CXV. 16).

Abraham se llamó siervo de Dios. (*Gen. XVI. 24*); Moisés hizo lo mismo. (*Numer. XII. 7*); y lo propio Job. (*I. 8*). Aún más: Jesucristo tomó este nombre en Isaías. Y S. Pablo, al principio de sus Epístolas, no se da otro título: Pablo, servidor de Jesucristo: *Paulus seruos Christi.* La Bienaventurada Virgen, Madre de Dios, se llama también sierva del Señor: *Ecce ancilla Domini.* (Luc. I. 38). Cuando el ángel Gabriel se presentó como enviado de Dios á aquella Augusta Virgen; cuando, lleno de respeto y de veneración hacia ella, le dijo: Te saludo, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre las mujeres; cuando aquel embajador del Cielo le dijo que había hallado gracia ante Dios, añadiéndole que había de

concebir en su seno, y había de dar á luz un hijo, cuyo nombre sería Jesús, que había de ser grande, y había de ser llamado Hijo del Altísimo, y el Señor había de darle el trono de David, su padre, y había de reinar eternamente; cuando añadió todavía que el Espíritu Santo vendría en ella y la virtud del Altísimo la cubriría con su sombra, por cuyo motivo el sagrado fruto que nacería de ella sería llamado Hijo de Dios; y en presencia de tantas grandezas, de una elevación, de una dignidad única, celestial y divina, que hicieron á María Madre de Dios, erigiéndola en Reina del Cielo y de la tierra por toda la eternidad, entonces la humilde Virgen pronunció aquellas palabras: He aquí la esclava del Señor: *Ecce ancilla Domini.* (Luc. I. 38).

El título de servidor de Dios es pues un título que honra, un título que implica una dignidad real.....

Santa Ágata contestó al presidente pagano que le echaba en cara el llevar una vida de esclava, viviendo como los cristianos, siendo noble: La humildad y la esclavitud de los cristianos son muy superiores en grandeza y en honor á los reyes de la tierra. (*In ejus vita*).

Así es que el título de servidor de Jesucristo prueba la grandeza del hombre, prueba que el hombre es de la naturaleza de los Angeles, en cuanto á su alma. Los mismos Angeles en el Cielo, reinando con Dios, no son más que servidores suyos. Y sólo este título les erige en Reyes.....

Si es ya una honra tan grande ser servidor de Dios; si este título manifiesta la grandeza del hombre, ¿juzgamos del honor y de la grandeza infinita del título de hijos de Dios?

Mirad, dice el apóstol S. Juan, que tierno amor hacía nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamásemos hijos de Dios, y lo seamos en efecto: *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur et simus.* (I. III 4). Este augusto título de hijos de Dios nos permite participar de sus divinos atributos. Como Dios es Santo por esencia, así el justo engendrado á la justicia por Dios y hecho hijo de Dios, tiene la santidad; como hijo de Dios, llega á ser poderoso y puede decir con S. Pablo: Todo lo puedo por medio de aquel que me conforta: *Omnia possum in eo qui me confortat.* (Philipp. IV, 13). Llega á ser inmutable; de modo que uniéndose á Dios no podrían conmovérle ni ruegos ni amenazas. Llega á ser celestial, olvida y desprecia la tierra. Llega á ser como impecable..... Llega á ser bueno hacia sus semejantes: como un sol bienhechor, derrama sus beneficios sobre todos, y á todos abraza con el ardor de su caridad. Llega á ser sabio en la primera de las ciencias, la Religión y la virtud, porque Dios es su dueño, y la unión de Dios le instruye de todo. Es imperturbable, porque teniendo su alma fija en Dios, desprecia todas las vicisitudes del mundo y del siglo. Es liberal, exento de envidia, devuelve bien por mal; y así hace de sus enemigos amigos constantes. Tiene rectitud en sus miras

El hombre hijo de Dios.

como en sus acciones; es paciente, igual, constante, fuerte, prudente, sincero, á imitación de Dios, que es su Padre!...

Los cristianos se glorian de ser hijos de Dios, y lo son en efecto. Siendo esto así, deben trabajar con celo y perseverancia para su perfeccion, y ejercitarse en obras heroicas y divinas.....

Oid á S. Cipriano: Cuando la carne os solicita, dice, responded: Soy hijo de Dios, he nacido para mayores cosas que para satisfacer mis corrompidos sentidos. Cuando el mundo os tienta con sus placeres, sus riquezas ú honores, responded: Soy el hijo de Dios destinado á las riquezas, á los placeres y honores celestiales. Cuando el demonio trata de seduciros, responded: Retírate á tu infierno, Satanás; no quiera Dios que yo, hijo de Dios, llegue á ser hijo del diablo! Nacido para un reino eterno, desprecio como humo, como barro, todo lo que puede ofrecérseme más lisonjero aquí en la tierra. (*Lib. de Spect.*) Sois hijos de Dios: imitad á Jesucristo; os llama á hacer la voluntad de Dios, á acercaros más y más á él..... apresuraos, corred por el camino que ha de conducirnos á nuestro Padre celestial.

Dios es nuestro Padre.

Hijos de Dios! ¡Dios es pues nuestro Padre! ¡Dios mio, qué grande es el hombre! Cuando una familia se encuentra con títulos de nobleza que cuentan siglos de antigüedad, se considera orgullosa y feliz. Pero, ¡qué son todos los títulos, honores y dignidades de este mundo, comparados con el título de cristiano, que nos hace hijos de Dios, y nos permite llamar á Dios nuestro Padre!.....

¿Veis aquel pastor que cuida de un rebaño en el campo? Es noble; Dios es su Padre..... ¿Veis aquel mendigo delante de vuestra puerta, apoyado en su baston, cubierto de andrajos y mutilado? ¡Es noble, y Dios es su Padre! Todos los días y á cada instante del día puede decir con toda verdad: Padre nuestro que estás en los Cielos... ¡Qué grande es, exclama S. Cipriano, la indulgencia de Dios! ¡Qué cúmulo de dignidad y de bondad para nosotros, no sólo permitiéndonos que lo llamemos nuestro Padre, sino quererlo, mandarlo, siendo realmente así! Jesucristo es Hijo de Dios, y nosotros tenemos tambien el título de hijos del mismo Padre! Jamás nos hubiéramos atrevido á llamarle Padre nuestro si no nos lo hubiera permitido y hasta mandado. Debemos pues recordar, carísimos hermanos míos, y debemos saber que cuando decimos que Dios es nuestro Padre, debemos obrar como hijos de Dios; á fin de que, así como nos alegramos de que Dios sea nuestro Padre, se alegre él tambien de tenernos por hijos (1).

Sois hijos del Dios vivo, dice el profeta Oseas: *Dicetur eis: Filii Dei viventis.* (I. 40).

Esta dignidad y elevacion del hombre de tener por Padre á Dios,

(1) *Meminisse, itaque, fratres dilectissimi, et scire debemus, quia, quando Patrem Deum dicimus, quasi filii Dei agere debemus; ut, quomodo nos nobis placeamus de Deo Patre, sic sibi placeat et ille de nobis. Serm.*

y de ser su hijo, es muy grande, es casi infinita. Que Dios, dice S. Leon, llame hijo suyo al hombre, y que el hombre llame Padre á Dios, es un favor superior á todos los favores: *Omnia dona excedit hoc donum, ut Deus hominem vocet filium, et homo Deum nominet Patrem.* (Serm. VI de Nativ.). Por cuya razon el mismo Sto. Doctor enseña que el hombre debe imitar á Dios, su Padre, vivir con su vida, á fin de tener una vida divina, y no terrestre ni carnal. Reconoce tu dignidad, ó cristiano, dice; y hecho partícipe de la naturaleza divina, cuida de no volver á tu antigua vileza con una degradada conducta: *Agnosce, ó christiane, dignitatem tuam; et divina consors factus naturæ, noli in veterem vilitatem degenerare conversatione redire.* (Serm. I. de Nativ.). Siendo de una raza escogida y real, continúa S. Leon, corresponded á vuestra vocacion, amad lo que ama vuestro Padre; que haya semejanza entre él y vosotros, á fin de que vuestro Padre no os aplique aquellas palabras de Isaias: He criado hijos, y los he engrandecido; y ellos me han menospreciado: *Filios enutrivit, et exaltavit; ipsi autem spreverunt me.* (I. 2). Poned ántes bien en práctica aquellas palabras de Jesucristo: Sed vosotros perfectos, así como perfecto es vuestro Padre celestial: *Estote vos perfecti, sicut et Pater vester celestis perfectus est.* (Math. V. 48).

Observad lo que dice el Evangelio de S. Juan: A todos los que recibieron el Verbo, que son los que creen en su nombre, dióles poder de llegar á ser hijos de Dios; los cuales no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino que nacen de Dios *por la gracia* (I. 12-13); á los que son semejantes al Hijo unico de Dios, á quien el Padre dijo desde toda la eternidad: Sois hijos míos; os engendro hoy: *Filius meus es tu; ego hodie genui te.* (Psal. II. 7).

Los cristianos no son hijos de los dioses vivos y muertos, hijos de los ídolos, sino hijos del verdadero Dios, del Dios vivo, que es la vida misma, la vida divina é increada, vida que nos comunica.

En esta generacion y filiacion, el Padre es Dios; la fecundidad es la gracia preveniente; la madre es la voluntad que consiente, coopera á esta gracia; la familia que nace de ella, son los justos; el alma de esta familia es la caridad. El ejemplo de esta filiacion es la filiacion del Verbo de Dios; porque, así como Dios Padre engendra desde toda la eternidad á un Hijo que le es consubstancial é igual en todo, de la misma manera engendra en el tiempo á unos hijos que son por gracia lo que por naturaleza es el Hijo de Dios. Así lo dice S. Pablo á los romanos: Aquellos que Dios ha *especialmente* previstos, han sido tambien predestinados por él, para que se hiciesen conformes á la imagen de su Hijo, por manera que sea el mismo Hijo el primogénito entre muchos hermanos: *Quos prescivit et predestinavit conformes fieri imaginis Filii sui, ut sit ipse primogenitus in multis fratribus.* (VIII. 29).

Todos aquellos que se rigen por el espíritu de Dios, esos son hijos de Dios, continúa el Apóstol. No habeis recibido inmediatamente el

espíritu de servidumbre en el temor, para obrar todavía *solamente* por temor, como esclavos; sino que habeis recibido el espíritu de adopción de los hijos, en virtud del cual clamamos: ¡Oh Padre, Padre! Y el Apóstol lo prueba, añadiendo: El mismo Espíritu Santo está dando testimonio á nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y siendo hijos, somos tambien herederos; herederos de Dios, y coherederos de Jesucristo; con tal, no obstante, que padezcamos con él, á fin de que seamos con él glorificados. (VIII. 14-17).

Para ver con mayor exactitud, para examinar más profundamente y comprender tambien más esta adopción del hombre por Dios, es preciso observar que en esta adopción la gracia, la caridad y los otros dónes del Espíritu Santo no son los únicos que se nos han dado, pues se nos ha dado el mismo Espíritu Santo, que es el primero é increado de los dónes que Dios hizo á los hombres. Dios hubiera podido, en la justificación y por medio de la gracia y de la caridad infusa, hacernos sólo justos y santos, lo que hubiera sido una gracia y un beneficio inmenso de Dios, aun cuando no nos hubiera adoptado por hijos suenos; pero no se ha detenido en este primer favor, ha querido hacernos de tal manera justos, que pudiese adoptarnos por hijos. Luego, hubiera podido hacer esta adopción dándonos sólo la caridad, la gracia y los dónes creados, dónes indudablemente inmensos; pero la infinita bondad de Dios ha querido formar ella tambien parte de sus dónes, y santificarnos por si mismo y adoptarnos. Por esta razon el Espíritu Santo se ha unido á sus dónes con su propia voluntad, á fin de que dando la gracia y la caridad, se diese tambien el mismo personal y substancialmente, segun aquellas palabras del Apóstol: Por medio del Espíritu Santo ha sido derramada en nuestros corazones la caridad de Dios, y él se nos ha entregado: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis.* (Rom. V. 5). Por esto le llama el Apóstol espíritu de adopción: *Spiritum adoptionis.* (Rom. VIII. 15). Tal es la suprema estimacion que Dios ha hecho de nosotros; y esta es tambien nuestra suprema grandeza y elevacion, pues recibiendo la gracia y la caridad, recibimos al mismo tiempo la persona del Espíritu Santo, que uniéndose por si misma á la caridad y á la gracia, habita en nosotros, nos vivifica, nos adopta, nos deifica y nos lleva á todo bien.

¿Queréis que digamos más todavía? Escuchad, El Espíritu Santo, bajando personalmente en el alma justa, trae consigo las demás personas divinas, el Padre y el Hijo, de las cuales es inseparable. Así es que la Santa Trinidad entera viene personal y substancialmente en el alma justificada y adoptada, y permanece y habita en ésta como en su propio templo, en tanto que el alma persevera en la justicia, á tenor de aquellas palabras de la primera Epístola de S. Juan: Dios es caridad ó amor; y el que permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él: *Deus charitas est; qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo.* (Joann. I. Epist. IV. 16). Y á tenor de aquellas otras palabras del gran Apóstol á los Corintios: El que

está unido á Dios, forma un mismo espíritu con él: *Qui adheret Domino, unus spiritus est.* (I. vi. 17). Es lo mismo que Jesucristo pidió á su Padre la vispera de su muerte en aquel divino discurso en que dijo: A fin de que todos sean una misma cosa, y que como Vos ¡oh Padre! estais en mí y yo en Vos, por identidad de naturaleza; así sean ellos una misma cosa en nosotros por union de amor. *Ut omnes unum sint, sicut tu, Pater, in me et ego in te, et et ipsi in nobis unum sint.* (Joann. XVII. 21); es decir, que participen todos del mismo espíritu que es uno, que estén unidos á él, y por él á las demás personas divinas; que no sean todos más que uno en él; de tal manera que todos sean como si no fuesen más que uno, y esto en el Espíritu Santo, como las tres personas divinas no son más que uno en una sola naturaleza divina. Así es como lo explican S. Cirilo. (*Lib. II. in Joann. c. XXVI*); S. Atanasio. (*Orat. IX. contra Arian.*), y Folet siguiendo esta misma doctrina.

Así, en la justificación y adopción del alma, la gracia y la caridad se nos comunican, y con ellas el Espíritu Santo y toda la Divinidad, la Santísima Trinidad que se une á sus dónes substancialmente para unirnos tambien substancialmente á ella, y para santificarnos, adoptarnos y deificarnos. Y con esta adopción, 1.º recibimos la dignidad suprema de la filiacion divina, á fin de que seamos en efecto hijos de Dios no sólo accidentalmente por la gracia, sino tambien substancialmente por naturaleza, y seamos como dioses; pues Dios nos comunica y nos da realmente su naturaleza. 2.º Por medio de esta adopción, adquirimos, como hijos, derecho á la herencia celestial, á la beatitud y á todos los bienes de Dios, nuestro Padre..... 3.º Con esta filiacion, conseguimos una admirable dignidad de obras y de méritos, es decir, que nuestras obras tienen una dignidad, un valor y un precio grandísimos, y plenamente proporcionados y convenientes á su recompensa, á la vida y á la gloria eternas, que se han hecho para los que son verdaderamente hijos de Dios; y es indudable que estas obras salen del mismo Dios, del Espíritu Divino que habita en nosotros, y nos las inspira y coopera á ellas.

De lo que acabamos de decir, resulta: 1.º Que la justicia inherente ó la gracia justificante por medio de la cual somos justificados y adoptados por hijos de Dios, no es simplemente una cualidad, como lo creen algunos, sino que abraza muchísimas cosas: la remision de los pecados, la fe, la esperanza, la caridad y otros dónes, y el mismo Espíritu Santo, autor de los dónes, y por consiguiente la Santísima Trinidad. Porque el hombre recibe todo esto en la justificación infusa, como lo dice el Santo Concilio de Trento. (*Sess. VI, c. VIII*).

Resulta tambien, 2.º, que los que piensan que en la justificación y adopción sólo se nos da el Espíritu Santo en cuanto á sus dónes, y no en cuanto á su sustancia y persona, están en un error; porque S. Buenaventura enseña que el Espíritu Santo acompaña personalmente á sus dónes, y que se convierte en posesion perfecta de las

almas justificadas y adoptadas. (*In I Sent., d. 14. art. 2. q. 1*). El Maestro de las Sentencias enseña lo mismo. (*Lib. I, dist. XIV. y XV, segun S. Agustín y otros Doctores*). Scot, Gabriel y Marsilio hablan de la misma manera. Sto. Tomás enseña claramente esta doctrina. (*1. p. 8. 43. art. 3 et 6.; et q. 38. art. 8*). Dice que el Espíritu Santo se da á todos los justos no sólo en cuanto al efecto, sino tambien en cuanto á su propia persona. Lo mismo enseñan Vazquez, Valencia y Suarez. (*Lib. XII. de Deo trino et uno, c. V*). Suarez cita, en apoyo de esta doctrina, que da como cierta, á S. Leon, á S. Agustín y á S. Ambrosio.

De esta doctrina resulta: 3.º Que nuestra adopcion, aunque una en sí misma, es sin embargo doble en virtud. La primera, por la cual somos adoptados como hijos de Dios por la caridad creada y por la gracia infusa en el alma, lo que es una inmensa participacion de la naturaleza divina, y por la segunda, recibimos el Espíritu Santo y la naturaleza divina por la gracia, y por él somos dedicados y adoptados como hijos de Dios. Asi pues esta doble adopcion comienza acá por la gracia; pero en el Cielo terminará con la gloria eterna, con la vision beatífica y la perdurable posesion de Dios....

4.º Se sigue pues de esta doctrina que, de la misma manera que Jesucristo es Hijo de Dios por naturaleza, como Dios, por la generacion eterna, y como hombre, por la union hipostática; de la misma manera somos hijos adoptivos de Dios, pero de un modo mucho más noble y real que los hijos adoptivos de los hombres. Porque éstos nada reciben, físicamente hablando, de su padre adoptivo; sólo reciben una denominacion moral con la cual tienen derecho á su herencia; pero nosotros recibimos de Dios la gracia, y con la gracia la misma naturaleza de Dios; y como entre los hombres llamamos con propiedad padre al que comunica á otro su naturaleza humana engendrándole, así á Dios le llamamos Padre no sólo de Jesucristo, sino de nosotros mismos, porque nos comunica su naturaleza por medio de la gracia que comunica á Jesucristo con la union hipostática, haciéndonos así hermanos de Jesucristo.

De ahí hemos de aprender cuán grande es el beneficio de la filiacion y de la adopcion divinas. Pocas personas conocen esta infinita dignidad tal como acaba de ser demostrada. Pocas personas reflexionan sobre esto y pesan esta grandeza del hombre con la detencion que merece. Todos debiéramos ciertamente admirar, llenos de respeto, tal grandeza; y los predicadores, los doctores, deberian explicar y exponer esta sublime grandeza del cristiano, á fin de que los fieles comprendiesen bien que son los templos vivos de Dios, que llevan al mismo Dios en su corazon, y con tal consiguiente deben marchar con Dios, conversar dignamente con tal huésped que en todas partes les acompaña, en todas partes está y todo lo ve.

Con mucha razon dice pues el gran Apóstol: No sabeis que vuestros cuerpos son el templo del Espíritu Santo que está en vosotros, que os ha sido dado por Dios, y que no os pertenecéis, pues habeis

sido comprados á un crecidísimo precio? Glorificad á Dios y llevadle en vuestro cuerpo (1).

O cristiano, exclama S. Leon, reconoce tu grandeza, y siendo partícipe de la naturaleza divina, no te degrades; acuérdate de que Jefe y de qué cuerpo eres miembro. Acuérdate que. Acuérdate que, del poder de las tinieblas, has sido transportado á la luz y al reino de Dios. Con el sacramento del Bautismo, te has convertido en templo del Espíritu Santo; no ahuyentes de tu corazon con acciones criminales un huésped tan grande, y librate de ponerte de nuevo bajo la esclavitud del demonio; pues tu precio es la sangre de Jesucristo, que te juzgará en la verdad, porque la misericordia te ha rescatado (2).

Oid á S. Agustín: El primer nacimiento viene del hombre y de la mujer; la segunda natividad procede de Dios y de la Iglesia. Y hé aqui que han nacido de Dios, y resulta que un Dios ha habitado en nosotros. ¡Qué gran cambio: Dios se ha hecho hombre, y el hombre se ha vuelto espíritu!

¿Qué maravilla es esta. ¿Qué honor es este, hermanos míos? Elevad vuestra alma para esperar y tomar lo único digno de desearse, y renunciad á los placeres del siglo. Se os ha comprado á costa de mucho precio: por vosotros el Verbo se ha hecho carne; por vosotros el que era Hijo de Dios se ha hecho hijo del hombre, á fin de que vosotros, que erais hijos de los hombres, os convirtieseis en hijos de Dios: *Propter vos Verbum caro factum est: propter vos, qui erat Filius Dei, factus est filius hominis; ut qui eratis filii hominum, efficeremini filii Dei.* (Serm. XXIV. de Temp.). El mismo gran Doctor dice en otra parte: Los hombres son hijos de los hombres cuando obran mal; pero cuando obran bien son hijos de Dios. Dios, de hijos de los hombres hace hijos de Dios; porque el Hijo de Dios hace el hijo del hombre. ¡Admirad qué grande es esta participacion de la Divinidad! El Hijo de Dios se ha hecho partícipe de nuestra mortalidad, á fin de que el hombre mortal sea partícipe de su Divinidad. El gran Dios que os promete la Divinidad, os manifiesta una caridad infinita (3).

Escuchad lo que dice S. Cirilo de Jerusalem: Conociendo, exclama, nuestra grandeza, conduzcámonos espiritualmente para hacernos dignos de la adopcion de Dios; porque aquellos que se conducen según el espíritu de Dios, son hijos de Dios. Obremos de esta manera, no

(1) *AN nascita quoniam membra vestra templum sunt Spiritus Sancti, qui in vobis est, quem habetis á Deo, et non estis vestri? Empli enim estis pretio magno. Glorificate et portate Deum in corpore vestro. I. Cor. VI. 19-20.*

(2) *Agnoceat, ó christiane, dignitatem tuam, et dicente consors factus nature, noli in velletem vililitate degenerate conversatione redire. Memento cujus capitis et cujus corporis sis membrum. Reminisce quia, erectus de potestate tenebrarum, translatus es in Dei lumen et regnum. Per Baptismatis sacramentum Spiritus Sancti factus est templum. Noli tantum habitorem precus de te actibus elongare, et diaboli te iterum subire servitutem, qui protum tantum sanguis est Christi, qui in veritate te iudicabit, quia misericordia te redemit. Serm. I. de Nativ.*

(3) *Fili hominum sunt, quando male faciunt; quando bene, filii Dei. Nos enim fecit Deus ex filiis hominum filios Dei, quia ex Filio Dei factus Deus filium hominis. Vultis quoque, sit illa participatio Divinitatis? Filius enim Dei particeps nostre mortalitatis effectus est, ut mortalia homo sui generis Divinitatem suam, qui ubi concessit Divinitatem, ostendit in te caritate. In Paul. III.*

sea que se nos diga: Si fuésemos hijos de Habrahan, obraríais como Habrahan. Glorifiquemos á nuestro Padre celestial con obras santas, á fin de que, viendo los hombres nuestra buena conducta, alaben á nuestro Padre que está en los cielos. (Catech. VII).

Aquellos en quienes Dios ve la imagen de su Hijo, dice S. Ambrosio, los admite por su Hijo en el número de sus hijos. (Lib. V. de Fide, c. III).

¿Podemos admirar las obras de los hombres, dice S. Cipriano, sabiendo que somos hijos de Dios? Cae de la cumbre de su grandeza aquel que admira otra cosa que no sea Dios: *Numquam humana opera mirabitur quisquis se cognoverit filium Dei? Deicit se de culmine generositatis suae qui admirari aliquid post Deum potest.* (Lib. de Spectaculis). Cuando llamamos á Dios nuestro Padre, prosiguió el mismo, debemos conducirnos como hijos de Dios; á fin de que, creyéndonos dichosos con tener á Dios por Padre, sienta también él satisfacción en tenernos por hijos. Conduzcámonos como hemos de conducirnos siendo templos de Dios, teniendo á Dios dentro de nosotros, y á fin de que, habiendo comenzado á ser celestiales y espirituales, no nos ocupemos más que de las cosas del espíritu y del Cielo (1).

El hombre es ciudadano de la casa de Dios y del Cielo.

Ya no sois extraños ni advenedizos, dijo S. Pablo á los Efesios, sino conciudadanos de los Santos y domésticos ó familiares de la casa de Dios: *Jam non estis hospites, et advena, sed estis civis Sanctorum et domestici Dei.* (II. 19).

Conciudadanos de los Angeles, de los Patriarcas, de los Profetas, de los Apóstoles, de los Mártires, de los Santos y de todos los elegidos..., tenéis el derecho de ciudadanía en la Iglesia de Jesucristo; sois de la casa y de la familia de Dios, de la Iglesia de Dios; Dios es vuestro Padre, María y la Iglesia son vuestras madres, los elegidos son vuestros hermanos. Sois de la familia del Mesias-Rey, Dios y hombre, de la república cristiana, en la cual tenéis derecho á los Sacramentos de la Iglesia, á todos los dones de Jesucristo, y estáis inscritos como ciudadanos y herederos de la vida eterna. So os ha dado un Angel para protegeros, y llevais el nombre de un Santo. Nada os falta.

¡Cuán grande y dichoso es el hombre!...

El hombre es templo de Dios y casa de Jesucristo.

¿No sabéis vosotros que sois templo de Dios? dijo S. Pablo á los Corintios: *¿Nescitis quia templum Dei estis? (I. III. 16).* Sois el edificio, no del hombre, sino de Dios; y por consiguiente, sois un templo, no profano, sino un templo santo, en el cual habita Dios mismo por la fe, la gracia, la caridad y todos sus dones. Sois el tabernáculo de Dios, los vasos consagrados á Dios....

No sabéis, añade el gran Apóstol, que vuestros cuerpos son tem-

(1) Quando Deum Patrem dicimus, quasi filii Dei agere debemus; ut quomodo nos nobis placemus de Deo Patre, sic sibi placeant et illi de nobis. Conversamur quasi Dei templum, et Deum in nobis constat habitare; ut qui coelestes et spirituales esse cupimus, non nisi spiritualia et coelestia, cogitemus et agamus. *Tract. de Orat.*

plos del Espíritu Santo que habita en vosotros, el cual habéis recibido de Dios? *An nescitis quoniam membra vestra templum sunt Spiritus Sancti, qui in vobis est, quem habetis á Deo? (I. Cor. VI. 19).*

No volemós jamás este templo. Si alguien profana el templo de Dios, Dios le perderá, dice S. Pablo, porque el templo de Dios es santo, y vosotros sois este templo: *Si quis templum Dei violaverit, disperdet illum Deus. Templum enim Dei sanctum est, quod estis vos.* (I. Cor. III. 17).

Jesucristo, dice S. Pablo, se ha dejado ver como hijo en su propia casa, cuya casa somos nosotros: *Christus tanquam filius in domo sua, quae domus sumus nos.* (Hebr. III. 6).

¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? dijo S. Pablo: *Ne scitis quoniam corpora vestra membra sunt Christi? (I. Cor. VI. 15).* Sois el cuerpo místico de Cristo y miembros unidos á otros miembros: *Vos estis corpus Christi, et membra de membro.* (Ibid. I. XII. 27).

Los cristianos son miembros de Jesucristo, herederos y coherederos de sus bienes.

Así pues, si somos hijos, dijo S. Pablo á los romanos, somos también herederos: herederos de Dios y coherederos de Jesucristo: *Si autem filii, et heredes; heredes quidem Dei, coheredes autem Christi.* (VIII. 17).

¿Habeis sido comprados á gran precio, dice S. Pablo. Glorificad pues á Dios y llevadle siempre en vuestro cuerpo: *Empti estis pretio magno. Glorificate et portate Deum in corpore vestro.* (I. Cor. VI. 20). Ya no os pertenecéis: *Non estis vestri.* (I. Cor. VI. 19).

El hombre es templo de la sangre de Jesucristo.

Habeis sido entregado á la muerte, Señor, dice el Apocalipsis, y con vuestra sangre nos habéis rescatado para Dios: *Occisus es, et redimisti nos in sanguine tuo.* (V. 9).

Hermoso es el sol, precioso; pero no ha costado la sangre de Jesucristo. Ricas en esplendor son la luna y las estrellas; pero no han costado la sangre de Jesucristo. La tierra y los mares muchísimo valen; pero no dió Jesucristo su sangre por ellas. Sólo el hombre ha costado la sangre de un Dios; ¡Jesucristo sólo ha muerto por el hombre!

Tan grande es el hombre y tan noble, que todo el oro, todo el dinero del mundo y todo el universo no vale lo que él vale. No se encontró un precio digno del hombre en las criaturas, ni en el mundo entero, no habiéndose hallado más que en la sangre de un Dios! Si poneis pues en una balanza la sangre de Jesucristo por una parte, y por otra al hombre, el precio del hombre mueve la sangre de Jesucristo. Y si es imposible apreciar el valor de la sangre de un Dios, es también imposible apreciar el valor del hombre. Si queráis que os diga lo que valeis, decidme antes cuánto vale la sangre de Jesucristo.

No habéis sido rescatados con oro ni plata, dice el apóstol S. Pedro, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un Cordero in-

maculado y sin tacha: *Non corruptibilibus auro vel argento redempti estis; sed pretioso sanguine quasi Agni immaculati Christi et incontaminati.* (I. I. 18-19).

El hombre es tan grande, que participa de la naturaleza de Dios, y es en cierto modo Dios.

El hombre, creado á imagen de Dios, es ya una especie de Divinidad; pero lo es sobre todo en su generacion por Jesucristo cuando se convierte en Dios, cuando participa de la naturaleza divina.

El Verbo se hizo carne: *Verbum caro factum est.* (Joann. I. 14). Hé aqui el hombre divinizado....

Hemos de felicitar á la naturaleza humana, dice S. Agustín, por haberla el Verbo tomado así, por haberla colocado inmortal en el Cielo, y por haber la arcilla sido elevada tanto que se encuentra hoy á la derecha del Padre. ¿Quién no felicitaria su naturaleza hecha inmortal en Jesucristo, y quién no esperaria para sí mismo igual maravilla por Jesucristo? *Ut Dominus, induto corpore, factus est homo ita et nos homines ex Verbo Dei desicemur, eo quod receptum sit in carne.* (Serm. de Nativ.).

Así como el Señor, dice S. Atanasio, se ha hecho hombre tomando un cuerpo, los hombres han sido dedicados por el Verbo de Dios al ser el recibido en la carne. (Serm. IV. contra Arian.).

En la encarnacion el Verbo eterno se une á la humanidad como á esposa, á fin de unirse, enlazarse con todo el género humano, y por este medio hacer inmortales á los mortales, celestiales á los habitantes de la tierra, y cambiar en dioses á los hombres. Jesucristo ha querido ser hermano nuestro en su carne y en su sangre. Pues, como escribe S. Agustín, el que llama á Dios Padre nuestro, llama hermano suyo á Jesucristo: *Nam qui dicit Deo Pater, Christo dicit frater.* (In Psal. XLVIII).

Jesucristo, dice S. Gregorio Nazianceno, ha nacido en la carne para hacernos nacer en el espíritu; ha nacido en el tiempo, para hacernos nacer para la eternidad; ha nacido en un establo para darnos nacimiento para el Cielo (1).

Escuchad á S. Agustín: Dios se ha hecho hombre para que el hombre se convirtiese en Dios; para que el hombre comiese el pan de los Angeles, el Señor de los Angeles se ha hecho hombre: *Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus: ut panem Angelorum manducaret homo, Dominus Angelorum factus est homo.* (Serm. IX de Nativ.).

Escuchad á S. Gregorio Nazianceno: El Verbo del Padre es hombre, y un hombre que nos pertenece á fin de unir por esta mezzala á Dios con el hombre. En ambos casos es un solo Dios, un Dios hecho hombre, á fin de convertirme á mi, mortal en un Dios (2).

Por la misma razon, dice Clemente de Alejandria, que Jesucristo con su encarnacion ha cambiado la tierra en Cielo, y que ha hecho

(1) *Natus est Christus in carne, ut nos nasceremur in Spiritu: natus est in tempore, ut tu nascereris in aeternitate; natus est in stabulo, ut tu nascereris in caelo.* Serm. de Nativ.
(2) *Petrus Verbum est homo noster, ut huiusmodi mixtione Deum hominibus misceret. Unus utriusque Deus est, hactenus homo effectus, ut ne ex mortali Deum, efficiat. In Distich.*

ángelos, ó más bien dioses de los hombres. (*Adhortat. ad Gentes*). Lo mismo dice tambien S. Juan en su Evangelio: Les ha dado el poder de convertirse en hijos de Dios. Y el Verbo se ha hecho carne: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri. Et Verbum caro factum est.* (I. 12-14). Han llegado á ser hijos de Dios, y de ahí hasta dioses, habiéndose el Verbo hecho carne. El Verbo, en efecto, se ha hecho carne para convertir á los hombres en dioses. Oid á Orígenes: El Verbo se ha hecho carne, dice, pero para nosotros, que sin la encarnacion no hubiéramos podido ser transformados en hijos de Dios: *Verbum caro factum est, sed propter nos, qui non nisi per Verbi carnem potuissemus in Dei filios transmutari.* La salvacion ha descendido para volver á subir en los salvados. Los hombres han sido hechos dioses por medio de aquel que de un Dios ha hecho un hombre: *De hominibus facit deos, qui de Deo fecit hominem.* Y ha habitado entre nosotros; posee nuestra naturaleza, para hacernos partícipes de la naturaleza divina: *Et habitavit in nobis, id est, naturam nostram possidet, ut suae naturae particeps faceret nos.* (Homil. II).

Jesucristo, dice S. Leon, se ha hecho hijo del hombre, para que pudiéramos nosotros ser hijos de Dios: *Ideo Christus filius hominis factus est, ut nos filii Dei esse possimus.* (Serm. VI. de Nativ.).

Satanás dijo á nuestros primeros padres para engañarles: Si coméis de esta fruta, seréis como dioses: *Eritis sicut dii.* (Gen. III. 5).

Sin quererlo, profetizó; y su profecía habia de tener cumplimiento con la encarnacion. Su mentira, su engaño habia de volverse en vergüenza suya, en su propia confusion y derrota; y habia de llegar á ser una realidad, y la más magnífica de todas las verdades. Así es como Dios se burla del mismo infierno, y convierte el mal en bien. El Hijo de Dios, al hacerse hombre, quiso que el hombre que deseaba llegar á ser Dios lo llegase á ser en efecto, y lo fuese sin crimen. Y el Rey Profeta, entreviendo con la luz del Espíritu Santo al hombre dedicado por la encarnacion del Verbo, anunció ya esta dedicacion del hombre: *Ego dixi: Diu estis, et filii excelsi omnes: Lo he dicho: Sois dioses, todos sois hijos del Altísimo.* (LXXXI. 6).

Dios, dice S. Bernardo, se hizo hombre para hacer del hombre un Dios: *Ideo Deus factus est homo, ut homo fieret Deus.* (Serm. in Cant.).

Todos nosotros con Jesucristo, nuestro jefe, somos Jesucristo: *Nos omnes cum capite nostro, Christo, Christus sumus.* (Serm. de Nativ.).

El alma que se une á Dios, toma su forma, se vuelve divina, se convierte en Dios....

Por medio de la imagen de Dios impresa en mi alma, dice S. Basilio, he obtenido el uso de la razon; pero habiendo llegado á ser cristiano, soy semejante á Dios (1).

Si Jesucristo salió de los dias de la eternidad á los dias del tiem-

(1) *Per imaginem animae impressam meae, obtinui rationis usum; verum christianus effectus, utique simulis efficitur Deo.* Homil. X. Hexam.

po, como dice un profeta, fué para hacernos salir de los días del tiempo y hacernos entrar en los días de la eternidad....

La majestad omnipotente, dice S. Bernardo, ha hecho tres cosas, ha verificado tres mezclas, al tomar nuestra carne; y estas tres mezclas son todas tan admirables que jamás han sucedido otras iguales ni sucederán en la tierra. Por la encarnación se unieron íntimamente Dios y el hombre, una madre y una virgen, la fe y el corazón humano. Admirables son tales mezcolanzas y es el más grande de los milagros que cosas tan diversas, tan heterogéneas, tan divididas entre sí, se hayan unido perfectamente. (*Serm. super Missus* est).

Dios, dice S. Cipriano, está mezclado con el hombre; Jesucristo ha querido ser lo que es el hombre, á fin de que el hombre pudiera ser lo que es Jesucristo: *Deus cum homine miscetur; quod homo est, esse Christus voluit, ut et homo possit esse quod Christus est.* (*Serm. de Nativ.*).

Ha descendido para hacernos subir, dice S. Agustin, y participando de la naturaleza de los hijos de los hombres, ha adoptado á los hijos de los hombres para hacerles partícipes de su naturaleza: *Descendit ille, ut nos ascenderemus; et, participata natura filiorum hominum; ad participandam etiam suam naturam adoptaret filios hominum.* (*Serm. de Nativ.*). O hombres, exclama, no desconfiéis de poder llegar á ser hijos de Dios, porque el Hijo Dios, el Hijo del mismo Dios se ha hecho hombre: *O homines, nolite desperare eos fieri posse filios Dei, quia et ipse Filius Dei caro factus est.* (*Utsupra*).

Al recordar aquellas palabras de Jesucristo á sus Apóstoles: Permaneced en mí, que yo permaneceré en vosotros: *Manete in me, et ego in vobis.* (*Joann. XV. 4*), exclama S. Bernardo: ¡Oh! qué sublimidad! ¡qué autoridad tan sublime dispone que el hombre habite con los ángeles, que la tierra y el polvo suban hasta el Cielo, que el hombre salido del barro se agregue á la sociedad de los ángeles! Y aún más, ¡que la criatura viva en el Creador, la hechura en su Hacedor, lo rescatado en el Redentor, el sirviente en su dueño, el pecador en el mismo justo, el ciego en el que todo lo sacó de la nada, lo transitorio en lo eterno, la miseria en el bien supremo! ¡Vivir en el que da la soberana felicidad, en el que santifica todo lo que es santo, y es la verdad y la vida, y la gloria eterna, la alegría del mundo, la belleza del Cielo, la suavidad del Paraíso, la venturosa eternidad y la beatitud eterna, es decir, en nuestro Señor Jesús!

Sois partícipes de la naturaleza divina, dice el apóstol S. Pedro: *Divinae consortes nature.* (*II. 1. 4*). El alma adornada de la gracia de Dios es una reina infinitamente preciosa, cuya belleza es superior á la beldad natural de los ángeles y de todas las criaturas. Y la razón es que, por medio de la gracia, participamos de la naturaleza de Dios; y por consiguiente, participamos superabundantemente y de muy cerca de la belleza sobrenatural y suprema de Dios, infinitamente superior á toda belleza natural y creada....

Citando aquellas palabras del profeta Baruch sobre Jesucristo: Después de tales cosas se le vió sobre la tierra y conversó con los hombres: *Post hæc in terris visus est, et cum hominibus conversatus est* (*III. 38*), profecía cuyo cumplimiento manifiesta S. Juan con aquellas sublimes y sorprendentes palabras: *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis*: Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (*I. 14*), dice S. Cipriano de una manera admirable: ¿Qué más queréis, ó hombres? En otro tiempo se decía á Dios: El hombre ó pertenece; y ahora se dice al hombre: Dios te pertenece. O hombre, bastas á Dios; básete también Dios: *O homo, sufficis tu Deo; sufficiat tibi Deus....* (*Serm. de Ascens.*). Reconoce aquí, cristiano, tu grandeza, tu nombre y tu sabiduría. El cristianismo es la imitación de la naturaleza divina. Si eres cristiano, imita á Jesucristo; no lleves vana ó inútilmente su nombre; llévalo, al contrario, con copia de virtudes; cumple lo que exige con obras dignas de tan gran nombre; corresponda tu vida á tal nombre, á fin de que este nombre no sea un nombre vano, y tu crimen enorme. (*S. Ambrosio, de Dignit. sacerdot.*).

El cristiano que obra de distinta manera, lleva un nombre falso; no tiene más que la apariencia de cristiano; no tiene de tal ni el espíritu, ni el corazón, ni el pensamiento; no es un cristiano. Es menester que el cristiano diga: Soy de la raza divina, el Hijo de Dios es mi hermano, mi doctor, mi dueño; es menester que viva divinamente, á fin de que sea yo otro Jesucristo. Porque, según dice el apóstol S. Pedro: Sois vosotros el linaje escogido, una clase de sacerdotes reyes, gente santa, pueblo de conquista: *Vos genus electum, regale sacerdotium, gens sancta, populus acquisitionis.* (*I. II. 9*).

Para vestir nuestro cuerpo animal nos basta el despojo de una bestia; pero para abrigar nuestra alma, que es espiritual, necesitamos á Jesucristo.... Revestidos de nuestro Señor Jesucristo, dice S. Pablo á los Romanos: *Induimini Dominum Jesum Christum.* (*XIII. 14*). Pues todos los que habeis sido bautizados en Cristo, estais revestidos del Cristo, dice á los Galatas: *Quicumque enim in Christo baptizati estis, Christum induistis.* (*III. 27*). Revestidos, escribe á los Efesios, del hombre nuevo que ha sido criado conforme á la imagen de Dios en justicia y santidad verdadera: *Induite novum hominem, qui secundum Deum creatus est in justitia et sanctitate veritatis.* (*IV. 24*). Otro vestido que no sea Jesucristo sería indigno de nuestra alma.... Juzgad de nuestra dignidad por la riqueza de este vestido....

Si hemos muerto con Jesucristo, dice S. Pablo á los Romanos, creemos firmemente que viviremos también juntamente con Cristo. Consideraos también como muertos para el pecado, pero vivos para Dios en Jesucristo. (*VI. 8. 11*). Cristo, dice este Apóstol á los Corintios, murió por todos, á fin de que los que viven no vivan ya para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos: *Pro omnibus*

Jesucristo es necesario para abrigar nuestra alma.

Tan grande es el hombre que sólo puede vivir de Jesucristo.

mortuus est Christus; ut ei qui vivunt jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est et resurrexit. (II. V. 15). Vivo, pero no yo, Cristo es el que vive en mí, exclamaba dirigiéndose a los Galatas: *Vivo, jam non ego, vivit vero in me Christus.* (II. 20). Para mí Cristo es la vida, decía también a los Filipenses: *Mihi vivere Christus est.* (I. 21).

Escuchad á Orígenes: Cuando Jesucristo confió S. Juan á su madre, diciéndola: Mujer, aquí tienes á tu hijo; es como si hubiese dicho: Este es Jesús que habeis puesto en el mundo. Porque el que es perfecto no vive ya él mismo; es Jesucristo quien vive en él; y viviendo en él Jesucristo, pueden aplicársele aquellas palabras dichas á María: Hé aquí á vuestro hijo Jesucristo. (*In hæc verba Evang.*.)

De tal manera es Jesucristo la vida del cristiano, y el cristiano debe de tal manera vivir con Jesucristo, que si no goza de tal vida, puede decirse que ha muerto.....

Tan grande es el hombre que necesita á todo un Dios por alimento.

Para alimentar el cuerpo, la yerba de los campos ó unos cuantos granos bastan...; pero para alimentar el alma, creada, á imagen de Dios, es precisa la gracia de Dios.... Esta alma necesita el cuerpo, la sangre, el alma y la Divinidad de Jesucristo..... En verdad, en verdad os lo digo, que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros, dijo el mismo Jesucristo: *Amen. amen dico vobis: Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis.* (Joann. VI. 54). ¿Podeis formaros una idea de vuestra grandeza? Es tan sublime, que necesitais á todo un Dios por alimento; sin este pan, sin el pan eucarístico, no vivis.....

Toda abundancia que no sea mi Dios, es indigencia, exclama S. Agustín: *Omnis copia que Deus meus non est, egestas est.* (Lib. Confess.).

Sólo vos, ó Dios mio, llenais mi alma. Así manifestais cuán grande es por Vos la creatura razonable, pues todo lo que sea ménos que Vos es insuficiente para hacerla feliz y alimentarla, no bastándose tampoco á sí misma.....

El hombre es tan grande, que necesita por morada la casa del mismo Dios.

Un simple albañil basta para hacer una casa que libre de la intemperie á nuestro cuerpo. Para mezquina choza cubierta de paja es cuanto necesita; y luego le han de bastar un rincón de tierra y un pobre ataud.....

Pero el alma necesita un palacio, no edificado por mano del hombre, sino por mano del mismo Dios.... Ni los más hábiles arquitectos pueden edificar una habitación digna del alma...; es preciso el Arquitecto del Cielo...; es menester el Cielo, la misma morada de Dios.... Jesucristo se encargó de tan magnífica construcción. Voy, dijo á preparar lugar para vosotros: *Vado parare vobis locum.* (Joann. XIV. 2).

El hombre necesita la inmortalidad, y la tiene.... Dios ha hecho al hombre inmortal, indestructible: *Deus creavit hominem interminabilem.* (Sap. II. 23). Irá á la eternidad, que es su morada: *Ibit homo in domum aternitatis suæ.* (Eccle. XII. 5). Así pues, nada de lo transitorio ha sido hecho para el hombre; el hombre ha sido hecho para Dios, que nunca acaba.....

Tan grande es el alma, que necesita la inmortalidad.

El hombre creado á imagen de Dios; el hombre de un precio infinito; el hombre-rey, servidor de Dios, hijo de Dios; el hombre que tiene á Dios por patria; el hombre conciudadano de los ángeles; el hombre templo de Dios y casa de Jesucristo, miembro de Jesucristo, heredero de Dios, coheredero de Jesucristo; el hombre que ha costado la sangre de Jesucristo; el hombre que participa de la naturaleza de Dios, y ha sido hecho Dios por la encarnación del Verbo; el hombre que necesita á Jesucristo por vestido, á Jesucristo por vida, á Jesucristo por alimento, y el Cielo por morada; el hombre que necesita la inmortalidad; el hombre para quien es menester todo esto, y que es todo lo que hemos dicho, está indudablemente dotado de una dignidad en cierto modo infinita.....

Si tú supieses, ó hombre, leer tus títulos de dignidad y nobleza; si te conocieses, ¡cuánto te respetarias, cuán feliz te creerias, cuánto trabajarías para hacerte digno de tu sublime vocación y de tu alto destino! ¡cuánto despreciarías todo lo que es tan inferior á ti y tan indigno de tí ¡cuánto te ocuparías de tu sublime fin, que es conocer á Dios, amarle, servirle y obtener la vida y la gloria eterna! Pero, desgraciadamente para tí, como dice el Salmista, eres ciego, sordo y mudo; eres como aquellas estatuas de que habla el Real Profeta: Tienes boca, y no hablas; ojos, y no ves; oídos, y no oyes; narices, y no sientes; manos, y no tocas ningún objeto; pies, y no andas; garganta y no produces ningún sonido (1).

Hombre desgraciado, y criminalmente desgraciado, á quien pueden aplicarse aquellas terribles palabras del Rey-Profeta: El hombre, en medio de su grandeza, no ha comprendido lo que era; se ha igualado á los animales, y se ha hecho como uno de ellos: *Homo, cum in honore esset, non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.* (XLVIII. 12).

El hombre sólo es tan grande por Dios; así es que debe unirse á él, y á él tan solamente.... Recuerde, sí, que no existe sino para conocer, amar y servir á Dios, para obtener la gracia en este mundo, y la eterna gloria en el otro. O hombre, dice S. Gregorio de Niza, no olvides que has sido creado para ver á Dios y contemplarle, y no para arrastrarte en esta miserable tierra; no para vivir como los

El hombre sólo es grande por Dios; así es que debe unirse á Dios.

(1) Os habent, et non loquentur; oculos habent, et non videbunt; aures habent, et non audient; nares habent, et non odorantur; manus habent, et non palpant; pedes habent, et non ambulabunt; non claudunt in gutturo suo. CXIII. 5-7.

brutos, lisonjeando tus pasiones, sino para llevar una vida celestial, con objeto de subir al Cielo. (*Orat. II. in Psal XXXIII.*)

O alma, exclama S. Agustín, ó alma hecha á imagen de Dios, rescatada con la sangre de Jesucristo, esposa de Jesucristo por la fé, hija adoptiva del Espíritu Santo, adornada de virtudes, destinada á vivir con los ángeles; ama al que te ha amado tanto, ocúpate del que no piensa más que en tí, busca el que te busca, ama á Dios, tu divino amante, vela con tu Dios, que vela por tí, trabaja con él, puesto que sólo trabaja por tí, y sé pura con él, que es puro por excelencia, santa con el Santo de los Santos. (*Lib. Confess.*)

Así, dice S. Pablo, puesto que habéis recibido por Señor á Jesucristo, seguid sus pasos, unidos á él como á vuestra raíz, y edificados sobre él como sobre vuestro fundamento, y confirmados en la fé: *Sicut accepistis Jesum Christum Dominum, in ipso ambulate, radicati et superedificati in ipso, et confirmati fide.* (Coloss. II. 6. 7.)

Observad aquí que S. Pablo da tres excelentes medios para ser de Dios, medios que indica con tres comparaciones. Compara á Jesucristo y á la fé que ha de inspirarnos: 1.º á una vía que nos está trazada y que hemos de seguir: *In ipso ambulate*; 2.º á una raíz á la que hemos de pegarnos, á la que hemos de adherirnos: *radicati*; y 3.º á un cimiento sobre el que es preciso edificar: *superedificati in ipso*. Es preciso marchar según Jesucristo; arraigarse en él, y edificar sobre él con la práctica de las virtudes.... Las virtudes, dice S. Bernardo, son astros, y el hombre de las virtudes es el firmamento: *Virtus est sidus, et homo virtutum est caelum*, (Manual., c. XXIV.)

DISCORDIA. (Véase también CONCORDIA).

DE qué provienen entre vosotros las guerras y los pleitos? dice el apóstol Santiago? ¿No son vuestras pasiones que combaten en vuestra carne? *Unde bello et lites in vobis? Nonne hinc, ex concupiscentiis vestris quae militant in membris vestris?* (IV. 1.)

Causas de las discordias.

La discordia es infernal y diabólica; emana de Lucifer, que fué el primero que la introdujo entre los ángeles en el Cielo....

Uno de los manantiales de la discordia es la codicia y la avaricia, fundándose las más veces en las dos palabras: *lo tuyo y lo mio*....

Otro de los manantiales de la discordia es el orgullo, dicen los Proverbios: *Inter superbos semper jurgia sunt*....

Seis cosas hay, dijo Salomón, que el Señor abomina, y otra además le es detestable: Los ojos altaneros, la lengua mentirosa, las manos que derraman sangre inocente, el corazón que maquina perversos designios, los pies ligeros para correr al mal, el testigo falso, y el que siembra discordias entre hermanos: *Sex sunt quae odit Dominus, et septimum detestatur anima ejus.... eum qui seminat inter fratres discordias.* (Prov. VI. 16-19.)

La discordia es un crimen.

Este pasaje de la sagrada Escritura claramente indica que la discordia es un gran crimen....

La discordia engendra la imprudencia, las burlas, las palabras mortificantes y las maldiciones. Provoca á aquel cuyos vicios descubre, y trata de descubrir á su vez los de su adversario. De una y otra parte se delatan, se aumentan, se inventan una multitud de hechos; así es que el hombre que se placo en la discordia, se vuelve infame y pierde su reputación; se crea enemistades, pleitos y desgracias, y hace participar á los demás de igual suerte....

Estragos que produce la discordia.

El hombre de discordia manifiesta un alma vil, cobarde, débil, envidiosa y mala. No pudiendo vengarse á mano armada los niños y las mujeres que están devorados por este vicio horrible, se vengán con su lengua, llenando de inectivas, de reerminaciones é imprecaciones á su adversario.

San Basilio compara al eco á los que siembran la discordia y propenden á armar disputas. El eco, dice, repite el sonido de la voz que ha recibido; cuanto más gritéis, más grita; y también cuanto más os insultéis, tanto más oireis repetir en torno vuestro, como un eco, las injurias y los ultrajes: *Sicut si vocem emittas, respondebit eadem voce echo, et quo magis cociferaris, eo magis cociferabitur*

echo: sic pariter, qui coce proba jacit, similia sibi ab alio, quasi ab echo, responderi jacique audiet. (Serm. cont. Irascent.)

Irritados unos contra otros, los hombres de discordia se reprenden todos sus defectos, hasta los ocultos, y se los echan en cara..... Lucifer es su padre; él les inspira, los empuja, los excita, los insta..... La discordia es la que creó el infierno y la que ha perdido á Satanás y á sus ángeles. La discordia es la que convierte á los hombres en réprobos y demonios.....

La discordia, dice Salustio, destruye las cosas más grandes: *Res maximæ discordia dilabuntur.* (Anton. in Meliss.)

La discordia introduce la turbacion, el desórden y la ruina en las familias y naciones. Mirad lo que es una familia, un ejército ó una nacion divididos por la discordia.

Motivos que obligan á evitar la discordia.

Suscitase una disputa entre los pastores de los rebaños de Abrahan y de Loth, dice el Génesis, y al punto Abrahan dice á Loth: Ruógoos no haya diferencias entre nosotros ni entre vuestros pastores y los míos, pues somos hermanos: *Fratres enim sumus.* (XIII. 7-8).

Acordaos, vosotros que amais la discordia, de este admirable ejemplo; acordaos de que todos somos hermanos en Jesucristo; y os detendreis..... Acordaos de que Dios nos ha impuesto á todos el deber de amarnos.

Medios de evitar la discordia.

La paciencia es un excelente medio para evitar la discordia.

Con la paciencia, dice S. Agustin, rechazais la palabra que hiera, y se vuelve ésta contra el que la ha lanzado, quedando vosotros ilesos: *Maledictum, patientia percussum in suum redit auctorem, illuso eo qui petebatur.* (Serm. XV. de Resurrect.)

Deben siempre sufrirse con igualdad de ánimo, dice Séneca, los ultrajes de los imprudentes: *Equo animo audienda sunt impertorum convicia.* (In. Prov.)

El odio se oculta en el fondo del corazon para saltar y herir en ocasiones dadas. El remedio es cortar hasta su raiz, y destruirle así enteramente. Guardar silencio es tambien un medio de ahogar la discordia.....

El fuego sube al rostro del hombre que ama las disputas y se encoleriza; tened entonces calma: si sus ojos se agitan, miradle con bondad; si levanta la voz, respondedle con dulzura, ó más bien no le contesteis. (*Epist.*)

Hemos de sufrir á los hombres irascibles y enconados, dice el venerable Beda; porque nadie puede llegar á ser á un Abel, si la malicia de un Cain no pone á prueba su paciencia y su virtud: *Tolerandi sunt ubique proximi; quia Abel fieri non valet, quem Cain malitia non exeret.* (In Colect.)

Es honor del hombre el huir de contiendas, dicen los Proverbios: *Honor est homini qui separat se á contentionibus.* (XX. 3).

Para evitar la discordia y ahogarla, conviene pues practicar la paciencia, la caridad, la prudencia y la dulzura.

INDICE.

	PÁG.
APROBACIONES.	5
CENSURA ECLESIASTICA.	7
RECOMENDACIONES.	9
PRÓLOGO DEL AUTOR.	45
NOTICIAS BIOGRÁFICAS DE CORNELIO Á LAPIDE.	49
Abuso de gracias.	31
El abuso de las gracias es un gran mal, 31.—Castigos del abuso de las gracias, 33.	
Acciones de gracias.	35
Necesidad de la accion de gracias, 35.—Motivos de acciones de gracias, <i>id.</i> —Todos debemos dar gracias á Dios, 37.—Ventajas de la accion de gracias, <i>id.</i> —¿Qué podemos ofrecer á Dios? 38.—La gratitud es rara, <i>id.</i> —La ingratitud es un crimen, 39.—Males y desgracias que causan la ingratitud, 40.—Castigos que atrae la ingratitud, <i>id.</i>	
Adulacion y alabanza.	41
La adulacion es un error y una mentira, 41.—El que nos adula, se burla de nosotros, <i>id.</i> —Peligros y desgracias de la lisonja y de las alabanzas, 42.—Es preciso huir y despreciar la adulacion y las alabanzas, 45.—Jamás hemos de alabarnos á nosotros mismos, 46.—Solo debemos glorificarnos en Dios, <i>id.</i>	
Aflicciones. (<i>Véase tambien Cruces</i>).	48
Excelencias y ventajas de las aflicciones, 48.—Las aflicciones son necesarias, 50.—Es menester armarse de valor para sufrir las aflicciones, 52.—Las aflicciones son ligeras para el cristiano, 53.—Jesucristo ayuda á sufrir las aflicciones, <i>id.</i> —Las aflicciones van acompañadas de consuelos, 54.—Hemos de sufrir las aflicciones con pa-	

ciencia, confianza y resignacion, 55.—Hemos de sufrir las aflicciones con perseverancia, *id.*—Nada son todas las aflicciones comparadas con el infierno, *id.*—Nos creamos muchas aflicciones, 56.—El ejemplo de los Santos nos ayuda á sufrir las aflicciones, 57.—Nada son las aflicciones comparadas con la recompensa y la gloria eterna que nos aguarda, 58.

Ambicion. (*Véase tambien Avaricia.*) 59

La ambicion es un veneno; desgracias que causa, 59.—La ambicion jamás se ve saciada, *id.*—El ambicioso es desgraciado, *id.*—Debemos huir de la ambicion, 60.

Amor á Dios. 61

Hay dos amores, 61.—Necesidad de amar á Dios, *id.*—Motivos que obligan á amar á Dios, sacados de Dios mismo ó de sus infinitas perfecciones, 63.—Motivos que obligan á amar á Dios tomados del amor que tiene á los hombres, 64.—Amor infinito de Dios en la creacion, 65.—Amor infinito de Dios en el modo con que se comunica al hombre, *id.*—Dios es nuestro Criador, nuestro bienhechor, nuestra providencia, 66.—¿Qué pruebas de amor nos ha dado Dios Padre por la encarnacion y la redencion? *id.*—¿Qué amor nos ha profesado Dios Hijo tomando carne humana y muriendo por nosotros? 67.—Excelencia del amor de Dios, 71.—El amor nos une con Dios, 73.—Se imita á Dios por medio del amor, 74.—Por medio del amor se vive de Jesucristo y para Jesucristo, *id.*—Amar á Dios es amarse á uno mismo, 75.—El amor de Dios une á los hombres entre sí, *id.*—El amor de Dios hace insensible, 76.—El amor de Dios ahuyenta á los demonios, 78.—El amor de Dios destruye el pecado, *id.*—El amor de Dios hace despreciar todas las demás cosas, 79.—El amor de Dios disipa la tibieza, *id.*—El amor de Dios ilumina, *id.*—Todo se convierte en bienes para el que ama á Dios, 80.—Dulzura y felicidad que se encuentra en amar á Dios, *id.*—Nada cuesta, y todo es fácil para el que ama, 82.—El amor de Dios encierra todos los bienes, 83.—Para amar á Dios es menester observar su ley, 85.—Varios grados del amor á Dios, *id.*—Cualidades del amor á Dios, 86.—Sentimientos por no haber amado á Dios, *id.*—Desgracia del que no ama á Dios, *id.*—De qué modo debemos amar á Dios, 87.—Medios de amar á Dios, *id.*

Amor al prójimo. 89

¿Qué es caridad? 89.—Necesidad de la caridad, *id.*—Excelencia de la caridad, 91.—Fuerza de la caridad, 93.—La caridad une á los hombres, 94.—Cosas grandes y sublimes que se originan de la caridad, 95.—La ca-

ridad borra los pecados, 96.—La caridad es el compendio de toda ley; es la reina de las leyes, 97.—Dicha de los que practican la caridad, 98.—Cualidades de la caridad, *id.*—Medios de tener caridad, 99.

Ángeles. 100

Hay ángeles y existen en gran número, 100.—Hay nueve coros de ángeles, *id.*—Los ángeles están justificados por su fe en Jesucristo, *id.*—Hermosura de los ángeles, *id.*—Felicidad de los ángeles, *id.*—Funciones del ángel de la Guarda, 101.—Felicidad y ventajas que nos proporcionan los ángeles, 102.—Lo que debemos á los ángeles de la guarda, 103.—Qué vida debemos llevar en su presencia, *id.*

Apóstoles (Los). 105

Porque los apóstoles son en número de doce, 105.—Porque escogió Jesucristo á unos pobres, *id.*—Vida de los apóstoles, 106.—Celo de los apóstoles, y maravillas de que son autores, *id.*—Luz que derraman los apóstoles, 109.—Misericordia y bondad de los apóstoles, 110.—Poder de los apóstoles, 111.—Duracion de los beneficios de los apóstoles, 112.

Avaricia. 113

¿Qué es avaricia? 113.—Locura de la avaricia, *id.*—Triste estado del avaro, 114.—El avaro está entregado del todo á su pasion, 116.—El avaro no puede servir á Dios, *id.*—Pobreza del avaro, 117.—El avaro jamás se ve saciado, 119.—La avaricia es una carga muy pesada, 121.—Ceguedad de la avaricia, 122.—Ceguedad de la avaricia, 124.—La nada de las riquezas, 126.—Cuán vil y despreciable es el avaro, 127.—El avaro es desconfiado, 128.—El avaro es envidioso, *id.*—El avaro es ingrato, *id.*—El avaro es traidor, *id.*—Errores del avaro y peligros de la avaricia, 129.—Injusticias del avaro, *id.*—El avaro no tiene entrañas, 131.—El avaro es cruel, *id.*—La avaricia es un crimen, 132.—El avaro es un déspota, *id.*—La avaricia corrompe el corazon, 133.—El avaro es idólatra, *id.*—El avaro es enemigo mortal de sí mismo, 134.—El avaro es detestado, despreciado y maldecido, *id.*—Desgracias del avaro, 135.—La avaricia es el manantial de todos los pecados y de todos los males, 137.—No hay salvacion para el avaro, 138.—Jesucristo desprecia las riquezas, *id.*—La avaricia es una señal de reprobacion, 139.—Condenacion de la avaricia, *id.*—Castigos que atrae la avaricia, *id.*—Condenacion del avaro, 141.—Lo que los paganos han pensado de la avaricia, 142.—¿Por qué se nos dan las riquezas? *id.*—Es preciso imitar al solda-